

Lope de Vega

Por Antonio Gómez Restrepo

Shakespeare y Cervantes son genios soberanos que sólo tienen iguales en Homero y Dante. En cambio, Lope de Vega es, como fenómeno literario, único en la historia de la humanidad. Alguien ha escrito que es más posible que se produzca un nuevo Cervantes que otro Lope de Vega, porque la vida y las obras de éste son un prodigio que supera a la comprensión humana y que justifica bien el nombre que sus contemporáneos le dieron de monstruo de la naturaleza y fénix de los ingenios. Más que un escritor, parece una fuerza natural puesta en acción. Se asemeja a un bosque tropical en que la savia fecunda produce sin cesar, sin el intervalo que determina en otras zonas los cambios de estación, en forma desordenada y confusa, lo mismo árboles majestuosos, patriarcas de la selva, que vegetación espesa y menuda que todo lo invade como con una furia de conquista. Nada ponía un dique a la producción de Lope: ni los viajes, ni las dolencias, ni las intrigas, ni los conflictos, ni las prisiones. Los versos manaban de su pluma como de fuente inagotable, y no en forma tosca y desmayada, sino en las combinaciones métricas más artísticas o en romances acicalados y conceptuosos, llenos de frescura y lozanía.

Pretender abarcar la obra de Lope en los breves términos de un discurso, sería como querer encerrar el océano dentro de una redoma. La sola materialidad de consignar en el papel cuanto él compuso —en una época en que no existían las máquinas de escribir y había que u-

NOTA.— En enero se cumplió el centenario natalicio de este gran escritor colombiano, cuya vida dedicó por entero al servicio magistral de las letras. Como dice el Padre Carlos E. Mesa “pertenebió Don Antonio Gómez Restrepo al grupo de los máximos humanistas de Colombia, aquéllos que eslabonaron el siglo XIX y el XX, adoctrinaron al país con las más nobles vivencias del pasado y nimbaron de insuperable prestigio el nombre de la Patria”. Crítico, poeta, ensayista, orador, Gómez Restrepo es una auténtica gloria de Colombia. En su honor reproducimos aquí un admirable discurso suyo sobre el Fénix de los Ingenios.

sar la pluma de ave— excede los límites del tiempo de que él podía disponer. Porque no cabe suponer que compusiera mientras dormía. Sus centenares de sonetos se despliegan como un escuadrón enorme y pintoresco en el cual los paladines se mezclan con los escuderos. ¿Y qué decir de su teatro? Si el género dramático es el más arduo de los que cuenta la poesía; si concebir una intriga verosímil, animada e interesante, que mantenga despierta en todo momento la atención del espectador, es un grande esfuerzo del ingenio, calcúlese lo que será urdir mil ochocientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales, e infundir en esa mole inmensa el sopio de vida, el hechizo poético que no falta en ninguna pieza, ni aún en las más imperfectas, si no en el conjunto por lo menos en algunas escenas, y que es como el sello del genio de Lope. En ese mundo alternan lo humano y lo divino, lo antiguo y lo moderno, lo nacional y lo extranjero, lo trágico y lo cómico, lo histórico y lo novelesco, todo fundido en un molde profundamente español. ¿Cómo no estalló ese cerebro, sometido a la presión espantable de aquella incesante creación poética; cómo logró que en él se albergaran millares de figuras humanas que se mueven y hablan, y ríen y lloran, y se aman y se aborrecen, y se abrazan y se acuchillan, sin que se obnubilase la razón y quedara flotando entre lo real y lo quimérico? ¿Cómo pudo tejer y destejer tantas intrigas sin que aquellos innumerables hilos se mezclasen y confundiesen, enredando al poeta en una malla inextricable? Esto no se puede apreciar con el cartabón que se aplica a los simples mortales. De los personajes que puso en escena Lope se podría hacer un censo, como el de una regular población, mayor que el que se ha hecho de las figuras de la **Comedia Humana** de Balzac. Allí se agita un mundo en que están comprendidas todas las clases sociales, desde santos, monarcas y grandes señores, hasta lacayos y rufianes. Lope había abarcado toda la extensión de la vida humana. Por este aspecto es un genio universal.

Tuvo Lope la suerte de florecer en una época en que, por una feliz conjunción de circunstancias, por un alto y misterioso designio providencial, produjo España varias generaciones de seres que parecen pertenecer a una raza distinta de la nuestra, a una humanidad más fuerte, más poderosa, más genial, más capaz de emprender y llevar a término empresas sobrehumanas. Los españoles de entonces contemplaban el planeta entero como un escenario inmenso que debían llenar con sus hazañas. Todo lo veían grande. Su empuje había dominado casi todo el viejo continente y había conquistado un nuevo mundo. Sus reyes soñaron con la monarquía universal, y hubo un momento en que ese sueño pareció próximo a convertirse en realidad. Uno de sus príncipes abatió para siempre el poder naval de los otomanos en el golfo de Lepanto. Sus marinos no se contentaron con menos que con realizar el primer viaje de circunnavegación del globo. Sus capitanes modificaban con sus espadas triunfadoras el tablero político de Europa. Sus conquistadores derribaban imperios y levantaban sobre sus ruinas otra vasta España colonial, efectuando al través de los bosques americanos, poblados de fieras y de gérmenes letales, exploraciones inverosímiles que se extendieron a lugares no pisados hoy mismo por la planta del hombre. Sus teólogos deslumbraron por su sabiduría en el Concilio de Trento y

echaron las bases fundamentales del Derecho de Gentes. Sus pensadores esparcieron a granel ideas que, recogidas y desarrolladas en otros países, se convirtieron en nuevos sistemas filosóficos. Su milicia de Jesús opone un dique a la invasión protestante en Europa, manda a América apóstoles como Pedro Claver, y envía a Oriente al gran Javier, que conquista para la fe vastos reinos adonde no llegó jamás España con las armas, pues si ocupó las Filipinas, no puso el pie en las regiones casi mitológicas entonces de China y del Japón, teatro de las hazañas de aquel hombre extraordinario. Sus místicos penetran en las regiones misteriosas de lo sobrenatural, que exploran con ánimo firme y corazón encendido; y guiados por una insigne capitana, acometen la conquista del castillo interior, ocupando a viva fuerza morada tras morada, hasta llegar a la cámara central, en donde el alma recibe como galardón el abrazo de su esposo divino. Cuando las energías de la raza se desvían y toman por extraviados senderos, producen en el campo teológico a un Miguel Servet que conmueve con sus audacias el campo protestante y recorre a Europa como un caballero andante, buscando a quién acometer con el arsenal de sus atrevimientos teológicos hasta caer en las llamas de la hoguera que le preparó Calvino; y en lo moral dan nacimiento a personajes semejantes al **burlador de Sevilla**, el legendario Don Juan Tenorio, conquistador tan fulmineo e irresistible en el campo amoroso, como lo fueron otros en el terreno de las armas y para quienes las leyes eran sus bríos y las premáticas su voluntad. Y en la esfera literaria, mientras los Luises aderezaban a lo divino el claro romance vulgar y Gracián y Quevedo competían en "agudeza y arte de ingenio", un viejo soldado, manco y pobre, concibe, entre los barotes de una cárcel, el atrevido plan de encerrar toda la vida humana en un cuadro novelesco: y pone a andar por las llanuras de la Mancha su pareja inmortal, que sigue recorriendo el mundo sobre sus mansas cabalgaduras, cuyos pasos continúan resonando triunfalmente en los oídos de los hombres cultos de todas las razas. Sólo en un pueblo y en una época así pudo darse el milagro de Lope de Vega.

No siempre existe correlación estrecha entre la biografía del hombre de genio y la obra que realiza. La vida de Shakespeare, hasta donde se ha podido explorar, es tan opaca, casi diríamos tan insignificante, que ha dado ocasión para que muchos duden de que sea él el verdadero autor del formidable teatro que lleva su nombre. La existencia de Cervantes, si se exceptúa el glorioso episodio de Lepanto, es una sucesión de pequeñas miserias. La de Lope, en cambio, ofrece un contraste violento de luces y de sombras. No es una novela sola: es una serie continua de episodios novelescos, trágicos unos, otros cómicos, a veces románticos, en ocasiones propios de una narración picaresca. Toda ella se desenvuelve bajo el influjo astrológico (en que Lope creía) de una sola estrella: la que preside el amor. Podría definirsele con la frase feliz que el alemán Tollien aplicó a Servet: espíritu-salamandra cuyo centro es el fuego. En ocasiones parece un hermano de Don Juan Tenorio. Sólo que el burlador —el verdadero, el de Tirso— no le pone al amor ni un sólo toque de idealismo. Satisfecho, se extingue sin dejar la menor huella en la mente ni en el corazón de Don Juan. Lope se deja arrastrar por la pasión avasalladora, no siempre fugaz, y la con-

vierte en tema poético. Siente a veces que está próximo a naufragar, y alza los brazos en demanda del auxilio celeste; pero la ola es demasiado impetuosa, y la voluntad débil cede ante el espejismo de la ilusión amorosa. En su edad madura, Lope quiso poner freno a sus locuras con lo más sagrado que podía haber para un español de entonces: con la unción sacerdotal. Fue sincera su resolución; seguramente no intervinieron en ella intereses de orden material. Como lo dice en una epístola famosa:

Dejé las galas que seglar vestía;
ordeneme, Amarilis, que importaba
el ordenarme a la desorden mía.

Lope de Vega no era un hipócrita. Era, como dijo Menéndez y Pelayo, "un ardiente creyente pero un gran pecador". En una de sus cartas escribía el poeta esta frase emocionada: "¡Mal haya el amor que se opone al cielo!". Su poesía religiosa guarda todo el aroma de la piedad viva y sencilla del pueblo; y sus sonetos místicos llegan a la más alta esfera de la inspiración, allá donde alcanzan sólo los de Dante o Milton. En medio de sus extravíos se sometía a duras penitencias y salpicaba con su sangre las paredes de su aposento. Diciendo misa, sufría desmayos con la consideración del sacrificio de Cristo, rasgo que anota Taine en su *Filosofía del Arte*, como muy típico del carácter español de la edad de oro.

El siguiente soneto revela la humildad del creyente, el arrepentimiento del pecador y el temor del sacerdote ante la majestad del misterio que por su palabra se realiza:

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro
y la cándida víctima levanto,
de mi atrevida indignidad me espanto
y la piedad de vuestro pecho admiro.

Talvez el alma con temor retiro,
talvez la doy al amoroso llanto;
que, arrepentido de ofenderos tanto,
con ansias temo y con dolor suspiro.

Volved los ojos a mirarme humanos;
que por las sendas de mi error siniestras
me despeñaron pensamientos vanos.

No sean tantas las miserias nuéstras,
que a quien os tuvo en sus indignas manos
vos le dejéis de las divinas vuestras.

Su muerte fue ejemplar y la precedieron días de espantosa soledad de alma, en que el poeta tuvo que recogerse dentro de sí mismo. La justicia moral se cumplía en él con rigor inexorable. Lope, que tan locamente había amado, no tenía en su casa quien lo amara. Su hija Marcela, quien había heredado una chispa de su inspiración poética, se había refugiado en el convento de las Trinitarias, ofreciéndose tal vez como víctima propiciatoria por la salvación de su padre. Su úl-

tima hija, Clara Antonia, que él quería como la niña de sus ojos, huyó, llevándose los pocos objetos de valor que guardaba Lope, deslumbrada por el señuelo de una boda aristocrática con que la fascinó un hidalgo de la corte, por cierto de apellido Tenorio, y nunca volvió el poeta a saber de ella.

En su entierro hubo un momento patético. Sor Marcela pidió que el cortejo pasara por delante de su convento. Asomada detrás de las inmovibles rejas, la religiosa dijo adiós entre sollozos al cadáver de su padre y rogó por su eterno descanso. Esta fue la última voz femenina que, santificada por la religión, se alzó para darle el vale postrero y decir la palabra de paz ante el cuerpo atormentado de aquel hombre portentoso.

Ni aún en las circunstancias más adversas se detenía la vena poética de Lope, que empezó a fluir a los cinco años y corrió hasta en víspera de su muerte. Entre los episodios novelescos de su biografía, hay uno, modernamente aclarado, que permite apreciar varios aspectos de su carácter. Su gran pasión juvenil fue la que le inspiró Helena Osorio, hija del director de la compañía teatral para la cual escribía Lope sus comedias. Sobre decir que este valioso trabajo era absolutamente gratuito; y no podía ser de otro modo, tratándose del padre de su adorada. Esta correspondió por largo tiempo al rendido amor del poeta, quien la celebró en muchas bellísimas composiciones, ya romances, ya sonetos. Pero de pronto se presentó un rival temible. Perrenot de Granvela, sobrino del célebre cardenal; y el astro de Lope empezó a eclipsarse. Tendido, como un perro fiel, al pie de la ventana de su amada, para ver si vislumbraba un rayo de esperanza, se abrían de par en par las puertas de la casa para su afortunado competidor. Entonces el amor se convirtió en odio frenético, y Lope descargó sobre Helena y su familia una lluvia de sátiras atroces, llenas de acusaciones infamantes, tanto más ofensivas cuanto estaban en sonoros versos. Recuerda uno la leyenda de los yambos de Arquíloco, que lanzados contra Licambo y sus hijas, por un desengaño amoroso, produjeron tal efecto que toda la familia se ahorcó en un rapto de desesperación. No tomó el padre de Helena determinación tan tremenda; se limitó a acusar a Lope ante la justicia, la cual lo redujo a prisión y lo condenó a dos años de destierro de la corte y a cuatro del reino de Castilla, con la amenaza de ir a galeras y aún de sufrir la pena de muerte si no cumplía estrictamente la sentencia. La justicia de aquellos tiempos era implacable y los jueces debían ser de bronce. Pues bien: Lope, bajo el peso de tan aflictivas sanciones y a riesgo de agravarlas, como en efecto sucedió, convirtiéndose en ocho los cuatro años de destierro, tuvo valor para seguir lanzando desde la cárcel nuevas diatribas contra la familia odiada y contra aquella mujer a quien quizá seguía queriendo en el fondo de su corazón.

No podemos imaginarnos a Lope convertido en galeote y remando durante años en las galeras del rey en compañía de ladrones y bandidos, la hez de la sociedad. Si tal cosa hubiera ocurrido, sin duda el poeta, de complexión fina, habría tenido que sucumbir, ¡y cuántas obras magníficas faltarían en nuestra literatura! Muchas veces la realización de una obra maestra pende de una circunstancia casual. Cervan-

tes fue redimido en Argel por el Padre Gil, en la precisa oportunidad: estaba en vísperas de ser conducido como esclavo a Constantinopla, de donde nunca hubiera salido, y nadie hubiera vuelto a tener noticias suyas. ¡El **Quijote** no existiría!

Lope tenía gran arrojo personal. Todavía bajo el peso de la sentencia que lo proscribía de Castilla, entró furtivamente para ayudar a la evasión de un amigo, injustamente preso al parecer. Juntos los dos, y no sintiéndose seguros, se enrolaron en la Armada Invencible. Sin duda Lope se sentía arrastrado a correr esa aventura por el ímpetu contagioso que impulsaba a los españoles contra Inglaterra. ¡Qué perspectiva tan halagüeña la de sorprender en su refugio insular a la hidra protestante y humillar la soberbia de la terrible Isabel, a quien Góngora apostrofaba: "¡Oh reina infame, loba libidinosa y fiera!".

Si el propósito de Felipe II se hubiera cumplido, habría cambiado el rumbo de la historia. Pero, como es sabido, la Armada Invencible fue vencida por las tempestades y por la inmensa desproporción que había entre la pericia y audacia de Francis Drake, terror de los mares, y la impericia y flojedad del duque de Medina Sidonia, convertido en almirante sin haber navegado nunca.

Ya tenemos a Lope a bordo del **San Juan**. Hay que reconstruir lo que era un galeón de aquellos tiempos, atestado de chusma de toda clase y movido a fuerza de remos y de velas, para imaginar al género de vida que pudo llevar Lope a bordo de un barco que tenía que ser un foco de infección. Recuerdo haber leído en un estudio sobre la antigua marina francesa, que los barcos cargados de gente dejaban detrás de sí un ambiente pestilencial que alcanzaba a percibirse por los buques que con ellos se cruzaban. ¡Qué haría Lope entre esa multitud abigarrada y con la inminencia de un choque con un barco enemigo? Seguía cultivando la poesía. Allí escribió **La Hermosura de Angélica**, poema caballeresco con el cual pretendía hacer competencia al **Orlando Furioso** de Ariosto. Mientras sus ojos contemplaban la más abyecta realidad, su imaginación vagaba por las risueñas y fantásticas regiones del mundo de la caballería y se complacía en cancelar sonoras octavas reales para encerrar en ellas el conceptuoso relato de irreales aventuras de damas y paladines. ¡Gran prestigio el de la imaginación, que puede convertir una sentina en un escenario risueño embalsamado con perfumes del Oriente!

Lope cultivó todos los grandes géneros de poesía: lírico, épico y dramático. Como lírico, me parece que no ha sido apreciado todavía con entera justicia. Le ha hecho sombra su grandeza como dramaturgo. No escribió, ciertamente, unas **Coplas** como las de Jorge Manrique, ni una **Epístola Moral**, ni una **Noche Serena**, pero fue el más variado, opulento y musical de nuestros poetas clásicos. En él se unieron armoniosamente las dos corrientes poderosas: la italiana y la nacional; fusión que no intentaron ni los que, como Castillejo, Juan de Salinas y el mismo Baltasar de Alcázar, sólo lucieron en los viejos metros castellanos, ni los que, como Garcilaso, Herrera y León, siempre fueron fieles a la escuela latino-italiana. Lope fue además un poeta de inspiración personal. Se ha podido comprobar que sus versos son un comentario poético de sus aventuras. Decía Goethe que las poesías líricas

debían ser obras de circunstancias. Así lo comprendió y practicó Lope de Vega. Hay sonetos suyos que adquieren extraordinario relieve al relacionarlos con los sucesos que los inspiraron. Muy celebrado ha sido, por ejemplo, aquel en que un pastor reclama su manso predilecto que un mayoral extraño le ha robado, y que termina con este terceto:

Si piensas que no soy su dueño, Alcino,
suelta y verasle si a mi choza viene,
que aún tienen sal las manos de su dueño.

Pero aumenta el interés si se piensa que probablemente fue escrito por Lope abrumado por el rapto de su hija Antonia Clara, y como pidiéndole al raptor que la deje en libertad, porque a pesar de la traición, el amor paternal subsiste y “¡aún tienen sal las manos de su dueño!”.

A todas las mujeres que dejaron huella en su vida, incluso sus dos esposas, él las inmortalizó en versos más o menos apasionados, pero siempre llenos de amable galantería. Sólo de Helena tomó cruda venganza. Hoy son perfectamente conocidos los verdaderos nombres de las mujeres que él llama con los fingidos de Filis, Belisa, Camila, Lucinda, Dorotea, Marfisa, Marcia, Leonarda y otros análogos. El único que no está perfectamente descifrado es el de Amarilis, la desconocida poetisa peruana, que desde su lejana tierra dirigió al Fénix una bella poesía en la cual le manifestó, en versos deliciosamente candorosos, su amor platónico, nacido de la admiración que le profesaba. Lope le contestó en una larga epístola, llena de curiosos datos autobiográficos, pero que poéticamente no está a la altura de los versos de su admiradora, según juicio inapelable de Menéndez y Pelayo.

Cantó Lope, como Fray Luis, la vida tranquila en el seno de la naturaleza. La canción que empieza: “¡Oh libertad preciosa!”, no tiene ciertamente la sencilla majestad ni la elevación del pensamiento que avaloran la oda de León, pero ofrece mucha riqueza descriptiva. El uno pinta a grandes rasgos; el otro detalla con primor, y nos parece ver y gustar la verde pera, la manzana hermosa, matizada de roja sangre, la olorosa cermeña, la morada endrina, las melosas uvas y los membrillos que coronan el río. La última estrofa encierra un bello programa de vida serena e independiente:

No temo al poderoso
ni al rico lisonjero,
ni soy camaleón del que gobierna;
ni me tiene envidioso
la ambición ni el deseo
de ajena gloria ni de fama eterna.

Carne sabrosa y tierna,
vino aromatizado,
pan blanco de aquel día,
en prado, en fuente fría,
halla un pastor con hambre fatigado:
que el grande y el pequeño
somos iguales lo que dura el sueño.

Lope de Vega

Es digno de notarse que los dos sumos poetas, León y Lope, que con tanta efusión cantaron la vida descansada, no pudieron disfrutarla sino por breves intervalos de tiempo: Lope, por su carácter aventurero y su eterna inquietud amorosa; León, por las terribles luchas teológicas en que se vio envuelto y las tribulaciones que sufrió por obra, como él dice, de "la envidia y la mentira", que lo mantuvieron en dura cárcel por muchos años. Es triste recordar cuántos grandes varones conocieron las oscuras rejas de una prisión: León, Juan de la Cruz, Cervantes, Lope, Quevedo, Mateo Alemán...

El amor a la soledad, que se manifiesta en muchos de nuestros antiguos escritores, es rasgo característico que ha llamado la atención de observadores extranjeros. León exclama con íntima emoción:

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo.

Y Lope empieza uno de sus romances con estos conceptuosos versos que revelan la altivez de un espíritu superior:

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.

Tiene Lope poesías que, como la que puede titularse **Triunfo del Amor**, recuerdan lo que dijo Brunetière de algunas de Ronsard: parecen tapices del Renacimiento. Todo en ella es hermoso: la descripción del sitio campestre; la aparición del dios niño con el arco puesto a punto; el desafío con el poeta, que se presenta como un fiero capitán que ha hecho escribir sus hazañas a las gentes; la repentina presencia de una hermosura que a las mismas piedras las convertía en ceniza amorosa; la rendición del caballero y la apoteosis final:

En esto al verde llano
un carro victorioso
dos tigres ya domésticos trajeron;
así el amor la mano
de aquel rostro amoroso
y juntos a su trono se subieron;
y los que allí me vieron
entre sus pies me ataron,
y al fin sus ruedas fieras
mis armas y banderas
por despojos vencidos adornaron,
llevándome cautivo
adonde agora lloro, muero y vivo.

El que así se solazaba con estas risueñas alegorías mitológicas, tenía acentos de verdadera ternura para llorar la muerte de su hijo Carlos Félix, que falleció niño, en una elegía esmaltada de rasgos domésticos que son raros en la entonada lírica clásica:

Yo para vos los pajarillos nuevos,
diversos en el canto y los colores,
encerraba, gozoso de alegraros;
yo plantaba los fértiles renuevos
de los árboles verdes; yo las flores
en quien mejor pudiera contemplaros;
pues a los aires claros
del alba hermosa apenas
salistes, Carlos mío,
bañado de rocío,
cuando, marchitas las doradas venas,
el blanco lirio, convertido en hielo,
cayó en la tierra, aunque traspuesto al cielo.

Pocos días antes de morir, compuso Lope su silva **El siglo de oro**. Todavía centellean allí versos dignos de su ingenio. Canta Lope esa edad con que siempre ha soñado el hombre y que jamás ha existido. Para él fue el reinado de la verdad, a cuya aparición "la tierra quedó en paz", y todo era ventura:

Ni el caballo animoso relinchaba
al son de la trompeta,
ni, la cerviz sujeta
al yugo, el tardo buey el campo araba;
que sin romper la cara de la tierra,
con maternal impulso producía
cuanto su pecho generoso encierra;
que como la primera edad vivía
con desorden florida y balbuciente,
daba pródigamente
con fértil abundancia
al mundo su riqueza;
porque, como mujer, naturaleza
es más hermosa en su primera infancia...

La casta luna, en su argentado plaustro,
no se mostraba al austro
lluviosa, alternativas las dos puntas,
una a la tierra y otra al claro cielo,
sino pidiendo con las manos juntas
calor al sol para su eterno hielo.

Lope pinta a la verdad adornada con espléndidos atavíos. Pero su reinado dura poco. Las maldades y los crímenes inundan el mundo, y la diosa al ver tanta falsía, "subióse en hombros de sí misma al cielo".

En esta parte tiene Lope algunos versos que revelan la libertad con que escribían los autores del tiempo de los Felipes, siempre que no se tratara de asuntos religiosos:

La púrpura engendró las tiranías...
¡Oh favor de los reyes!

Del sol reciben rayos las estrellas;
telas de araña llaman a las leyes;
el pequeño animal se queda en ellas
y el fuerte las quebranta.
¡Ay del señor que a sus vasallos deja
al cielo levantar la justa queja!

Los sonetos de Lope están pidiendo un estudio especial, a un tiempo documental y crítico. En esa enorme serie hay de todo: cuadros históricos y legendarios, como los titulados **Judit** y **Helena**, que son indudable precedente del género que cultivó con tanto brillo Heredia en los **Trofeos**; lindos rasgos amorosos, a veces de corte enteramente moderno; preciosos juguetes festivos y humorísticos; finas sátiras contra el gongorismo, al cual, sin embargo, rindió tantas veces tributo; y finalmente patéticos arranques de piedad, que llegan al alma. Lo que ocurre con la colección de Lope, e igualmente con las de Quevedo y Góngora, es que los sonetos parecen arrojados a granel, sin graduación estética ninguna; de tal manera que, después de un soneto magistral, viene otro de escasa significación o de ejecución defectuosa. Con las perlas del más fino oriente se mezclan opacas cuentas de vidrio. Los sonetistas modernos han procurado mantener sus colecciones en un nivel más uniforme.

Como poeta épico a la italiana, Lope ocupa decididamente un lugar secundario. Fracasó en su empeño de emular a los dos magnos poetas italianos del Renacimiento. Nadie menos indicado que él para competir con Ariosto y Tasso. Perteneían a diversa estirpe de artistas: los unos, a la de aquellos que concentran todo su genio en llevar una obra a la mayor perfección, en el conjunto y en los pormenores; el otro, a la de aquéllos que desparraman su inspiración en una vasta serie de obras, no todas de igual significación estética, pero todas marcadas con el sello de la improvisación genial. De la **Jerusalén Libertada** dijo Fóscolo que podía abarcarse de una ojeada, como la columnata de un templo griego; la obra total de Lope suscita comparaciones de índole muy diversa. En todos sus poemas hay episodios de extraordinaria belleza, y por todas partes octavas magníficas; pero tal vez Lope se hubiera sorprendido si hubiera podido sospechar que de la figura de su Garcerán de Manrique, ideada por él para darle al valor castellano un puesto de honor en su **Jerusalén**, no guardaría la posteridad ningún recuerdo; y que en cambio, gozarían de eterna juventud Marramaquiz y Zapaquilda, humildes héroes de su deliciosa **Gatomaquia**, obra maestra de un género inferior, que él ni siquiera publicó con su nombre sino con el de su testafarro el licenciado Tomé de Burguillos.

Pero si Lope no fue afortunado en sus poemas clásicos, desplegó toda su inspiración épica en otro género: el teatro. Menéndez y Pelayo —el gran crítico de Lope— hizo notar, con admirable penetración, que la mayor gloria del poeta se finca en aquella magnífica serie de dramas en que volcó sobre la escena el alma nacional con todo su tesoro de crónicas y leyendas, de figuras heroicas, de tradiciones populares, de cuanto da color y vida y poesía a cada una de las regiones de España. En este género de crónicas dramáticas, como las apellidó Me-

néndez, Lope es el poeta supremo entre los españoles; pues si bien es cierto que la obra maestra de esa clase es **El Alcalde de Zalamea**, no se puede olvidar que Calderón recibió de Lope algo más que el bosquejo de este grandioso drama.

Se ha dicho que la poesía es más profunda que la historia; y el teatro histórico de Lope puede comprobar esa opinión, pues nos hace comprender de una manera más vívida que puede hacerlo la lectura de las crónicas, lo que fue la antigua España, y nos presenta con extraordinaria evidencia esa lucha secular entre los señores feudales y el poder monárquico, que sólo terminó bajo el cetro unificador de los Reyes católicos. No es que Lope deifique a los monarcas; En la **Estrella de Sevilla**, el rey Don Sancho el Bravo queda en postura poco airosa respecto de su súbdito Sancho Ortiz de las Rodelas; pero sí presenta el poeta al poder real como defensor del pueblo, de las gentes humildes, contra los magnates que salían de sus castillos, como el lobo de su guarida, para ejecutar toda clase de tropelías contra sus vasallos. En esos dramas podemos también apreciar lo que significaba la institución municipal, lo que representaba un alcalde, aun cuando fuese de humilde condición, hasta el punto que un labrador como Pedro Crespo podía tratar de igual a igual con Felipe II; la alta idea que tenían los regidores de la vara de la justicia puesta en sus manos y que los mantenía firmes en su deber ante las solicitudes de un temido monarca; y cierto espíritu democrático que anima estas piezas y con el cual fue Lope fiel intérprete del pueblo español, calificado por Menéndez y Pelayo como una "democracia frailuna". Lope y Calderón habrían palpitado de orgullo si hubieran podido prever que, al revolver de los siglos, cuando un caudillo portentoso invadió a España, la primera autoridad que se levantó contra él no fue un magnate ni un militar, sino el humilde alcalde del pequeño pueblo de Mósteles.

No puedo ocultar mi predilección por el grupo de dramas en que figuran **El infanzón de Illescas**, **Peribáñez** y **el Comendador de Ocaña**, **El mejor alcalde el rey**, **Los novios de Hornachuelos**, **El caballo de Olmedo**, **Fuente Ovejuna**. . . ¡Cuán grandiosa se presenta la figura de Don Pedro de Castilla, bajo el aspecto, no de cruel, sino de justiciero, que le dio el pueblo español! ¡Cuán artístico el contraste entre el valeroso monarca y el villano infanzón, a quien humilla, dándole de cabezadas contra el muro! ¡Cuán solemne la aparición de aquella sombra que persigue al fantástico rey y con la cual lucha éste, más de una vez, cuerpo a cuerpo, sin temblar ante aquella visión ultramundana! Si este drama nos hubiera llegado en su forma original, sin los infelices cambios que le introdujo algún oscuro poetastro, probablemente podría competir con las crónicas dramáticas en que Shakespeare llevó a la escena los terribles anales de la casa de Tudor.

¡Y qué decir de **Fuente Ovejuna**, drama singular, que tiene por héroe, por personaje colectivo, por decirlo así, a un pueblo entero, que se levanta contra su tirano opresor en defensa de la honra de sus mujeres, y que todo él se declara responsable de la muerte del comendador de Calatrava, sin que la tortura logre arrancar a ninguno de los habitantes, hombres y mujeres, confesión distinta; acto heroico de solidaridad que admira al rey católico, quien perdona al pueblo y lo pone

bajo su jurisdicción? ¡Y qué bello contraste entre las risueñas escenas populares del comienzo y las terribles que luego se suceden! ¡Y qué hermoso carácter el de la protagonista, la aldeana Laurencia, tan graciosa, viva y discreta, y al mismo tiempo tan denodada para defenderse de su opresor! ¡Oh gran Lope! ¡Qué bien conociste a tu pueblo y cuán bellamente diste vida perdurable en la escena a los más nobles aspectos de su carácter!

Lope de Vega fue el creador del teatro español. No lo sacó de la nada, porque esto no cabe bajo la potencia humana; pero, reuniendo los elementos acumulados por sus antecesores, les dio nueva forma y los engrandeció, imprimiéndoles el sello de su genio. El teatro moderno —lo ha reconocido la crítica docta— nació en el recinto del templo con los misterios, representaciones de carácter religioso. Luego salió a la plaza pública. Se puede seguir fácilmente la evolución del teatro español, desde el **Misterio de los reyes magos** hasta Lope de Vega. Se advierten dos corrientes distintas: la de los poetas que cultivaron el arte popular; y la de los que trataron de resucitar la tragedia antigua. De un lado están Juan del Encina, Torres Naharro, Lucas Fernández y el gran Lope de Rueda; del otro, Jerónimo Bermúdez, Cristóbal de Virués, Lupercio de Argensola y Juan de la Cueva. Cervantes recibe las dos influencias, pero no las unifica. De una parte el género trágico: **La Numancia**; de otra, la comedia: **El Trato de Argel**, **El Rufián Dichoso**, **La Confusa**. El grande escritor soñó con los laureles de la escena, pero no tuvo sino un éxito relativo; no halló la fórmula dramática que esperaba anhelosamente el pueblo español. Esto le estaba reservado a Lope. De sus manos salió la comedia española, la forma nueva, adecuada a la índole de su pueblo, y como tal, libre, novelesca, no sometida a otras reglas técnicas que a la del interés humano y teatral, combinación de lo trágico y de lo cómico, expresión del alma nacional. Y el pueblo español, al verse retratado en ese espejo mágico, agradeció el don que le hacía el genio e hizo la apoteosis de su poeta.

La popularidad de Lope, cuando se adueñó de la escena, no tuvo límites. Las gentes lo seguían por las calles; se le dieron los más hiperbólicos calificativos, y aún se llegó al exceso de parodiar irreverentemente en su honor, las primeras palabras del credo: “Creo en Lope de Vega, poeta todopoderoso del cielo y de la tierra”. Se tomó su nombre como símbolo de excelencia. Toda cosa que se quería ponderar por su belleza o su valor, se apellidaba “de Lope”, así como ahora se califica —¡cambios de los tiempos!— de “fantástica y brutal”.

Este monarca de las letras vivió en constantes cuitas de dinero, fuese porque el teatro producía poco o porque él, a fuer de poeta, no tenía noción de la economía. Era, además, caritativo, y solía desprenderse hasta de sus cosas de uso personal en beneficio de otro más pobre que él. En sus últimos años vivió de las dádivas del duque de Sessa, de quien fue secretario y confidente. Hoy nos parece triste esta domesticidad de tantos grandes escritores de antaño; pero no tenían otra manera de subsistir. Todas las comedias de Lope le produjeron probablemente menos que a Rostand su **Cyrano de Bergerac**. Hubo protectores magnánimos que ocupan un puesto en la historia literaria, como el conde de Lemus; otros lo tienen para afrenta de su memoria co-

mo el duque de Béjar, a quien dedicó inútilmente Cervantes la primera parte de **Don Quijote**, y el cual no se dio cuenta de que a esa dedicación debía el que su nombre pasara a la posteridad.

Como la gloria se paga, y a veces a un precio muy elevado, Lope, que arrastraba en pos de sí un séquito de adoradores, tuvo también gran cantidad de envidiosos y de enemigos, entre ellos Góngora, que le acribilló toda su vida con sátiras feroces, sin respetar ni el santuario de la vida privada, inviolable para quien tenga noción del decoro personal, y haciendo burla de la infantil vanidad nobiliaria de Lope y de su ostentación del escudo del mitológico Bernardo del Carpio con sus numerosas torres. Y así le dice:

Por tu vida, Lopillo, que me borres
las diez y nueve torres de tu escudo,
porque, aunque todas son de viento, dudo
que tengas viento para tantas torres.

Pero hay otro contraste más extraño todavía. Ese triunfador no creía en la importancia de su triunfo. Ese creador de una nueva forma dramática de mérito inmarcesible, fincaba más esperanzas en sus artificiales epopeyas. No quería pasar por ignorante de las reglas retóricas, y prefirió declarar que las violaba a sabiendas para complacer al "vulgo vil". De aquí aquellas extraordinarias declaraciones que constan en su **Arte nuevo de hacer comedias**, que nos dejan suspensos e incrédulos, porque no podemos convencernos de que fueran escritas con sinceridad:

Cuando quiero escribir una comedia
encierro los preceptos con cien llaves,
echo a Terencio y Plauto de mi estudio
para que no me griten, porque suele
dar voces la verdad en libros mudos.
Y escribo por el arte que inventaron
los que el vulgar aplauso pretendieron,
porque como las paga el vulgo, es justo
hablarle en necio para darle gusto.

Este programa sería no solamente antiestético sino inmoral. Si Lope hubiera escrito realmente con el único fin de halagar al vulgo, que jamás ha entendido de arte puro, habría tenido que producir obras vulgares, groseramente efectistas, sin idealismo, sin poesía. Las musas le habrían vuelto la espalda. Pero Lope se calumniaba a sí mismo y calumniaba inconscientemente al público que lo aplaudía, y que no era la plebe sino la sociedad entera, empezando por las clases más altas. ¡No! Lope no podía escribir para el vulgo esas comedias frescas y primaverales, llenas de gentileza y gracia maliciosa y admirablemente versificadas, ni esos sublimes dramas históricos para cuya preparación se documentaba ampliamente con copiosa lectura de crónicas y papeles, como lo ha demostrado Menéndez y Pelayo. Lope, cultivaba, es cierto, un arte popular pero no vulgar. Su teatro es libre pero sometido a aquellas reglas que tienen que presidir a toda producción artística. Si las violó más de una vez, esto se debió, no a vicio del siste-

ma, sino al atropellamiento inaudito con que solía escribir. El lo confiesa en aquel conocidísimo pasaje en que, refiriéndose a sus comedias, dice:

Y más de ciento en horas veinticuatro,
pasaron de las musas al teatro.

Y esto lo confirma su discípulo Montalbán en un pasaje muchas veces citado y que merece serlo porque pinta a lo vivo la facilidad monstruosa de Lope. Resolvieron escribir una comedia entre los dos para cumplir un compromiso urgente. Y dice Montalbán: "Cupo a Lope la primera jornada y a mí la segunda, que escribimos en dos días, y repartimos la tercera a ocho hojas cada uno. Y por hacer mal tiempo me quedé aquella noche en su casa. Viendo, pues, yo que no podía igualarle en acierto, quise intentarlo en diligencia, y para conseguirlo me levanté a las dos de la mañana y a las once acabé mi parte. Salí a buscarle y hallele en el jardín, muy divertido con un naranjo que se había helado; y preguntándole cómo le había ido de versos, me respondió: a las cinco empecé a escribir; pero ya habrá una hora que acabé la jornada; almorcé un terrezno; escribí una carta de cincuenta tercetos y regué todo este jardín, que no me ha costado poco. Y sacando los papeles me leyó las ocho hojas y los tercetos".

Lope murió en plena popularidad, aun cuando ya se levantaba sobre el horizonte el astro esplendoroso de Calderón. Este empuñó el cetro y lo mantuvo durante su larga vida. No tuvo émulos ni contradictores; no tuvo feroces enemigos, como Lope. En él vino a encarnarse toda la gloria del teatro español. Su vida fue noble, armoniosa y serena. Es uno de los genios más afortunados que registra la historia literaria. Fue el favorito de los reyes y al propio tiempo el poeta admirado por el pueblo español. Cuando el romanticismo alemán levantó como enseña de combate la rehabilitación del antiguo teatro castellano menoscubiado por los seudoclásicos, Schlegel, en sus célebres **Lecciones**, colocó a Calderón en la cúspide del arte cristiano, con total olvido de Lope. La reacción favorable al Fénix ha venido después por obra principalmente de los críticos alemanes, entre ellos el conde de Schack, en su brillante historia del arte dramático en España, y el profundo Carlos Vossler en su precioso libro sobre Lope. Es también benemérito en su empeño de honrar al poeta el eminente profesor norteamericano Hugo H. Rennert. El gran poeta austriaco Grillparzer dedicó toda su vida al estudio de las obras dramáticas de Lope. En cuanto a su biografía, la han renovado totalmente Don Cayetano Alberto de la Barrera, con su obra fundamental, y con sus valiosas contribuciones Barbieri, Pérez Pastor, Icaza, Américo Castro, Luis Astrana Marín y otros eruditos. Pero nadie ha hecho más por su gloria que el autor de **Las Ideas Estéticas en España**, digno de comprenderlo y comentarlo. Lope, estudiado por Menéndez y Pelayo, es como el firmamento reflejado en el mar, según la bella expresión de Doña Blanca de los Ríos, escritora ilustre, merecedora del lauro académico.

Siempre habrá disputas por la preeminencia entre los partidarios de Lope y de Calderón; y aún se presenta la tercería de Tirso de Molina. Lope es el creador, el que sembró los gérmenes de todo lo que

vino después, es un poeta inmenso; Calderón es el más hábil hombre de teatro. El genio de Lope es un magno río sin cauces; Calderón encauza el suyo dentro de formas más regulares y severas. El estilo de Lope es más natural, transparente y sencillo; Calderón es el más enorme de los artistas barrocos, según frase de un crítico alemán. Lope sintió más poderosamente el hechizo de la poesía popular. Ambos son insignes versificadores, pero las estrofas de Lope, sus romances, sus deliciosas redondillas, saltan ágiles y cantantes como de un surtidor inagotable; Calderón trabaja más sus estrofas. Lope dejó una galería encantadora de tipos femeninos, trazados con la verdad, la vida, la frescura de quien conocía tan profundamente la psicología de la mujer. No lo iguala Calderón en este punto. Pudiera entrar en competencia Tirso, gran conocedor también del alma femenina, con sus muchachas picarescas y andariegas que representan un ideal distinto del de Lope. Lo que ha hecho de Calderón un símbolo del teatro español, es ese genio sintético que le reconoció Menéndez y Pelayo y que le permitió concentrar en unos cuantos dramas todos los aspectos fundamentales de nuestra dramaturgia y dar la nota sobreaguda en la expresión de los sentimientos que dominaban entonces al pueblo castellano. Y tuvo la suerte de crear una obra excepcional, que no es imitación de nadie, y que es una de esas pocas producciones poéticas en que un gran genio ha logrado sintetizar en un individuo lo más hondo del destino humano. Así son el **Edipo** de Sófocles, el **Hamlet** de Shekespeare, el **Fausto** de Goethe, el Segismundo de **La Vida es Sueño**.

Lope, en su vida y en sus obras, refleja muy bien el carácter nacional. El español del siglo de oro era, ante todo, profundamente cristiano. Aún los más alejados de Dios, por su vida desarreglada y tempestuosa, en la hora final volvían los ojos hacia El. El propio Don Juan Tenorio, en el drama de Tirso, cuando ve que va a morir a manos del convidado de piedra, exclama: "Deja que llame quien me confiese y absuelva". La impenitencia final debía de ser rarísima. Pero esta fe, que producía santos y mártires, no era obstáculo para que el español fuera amigo de aventuras guerreras y amorosas; y lo mismo que derramaba pródigamente su sangre en los campos de batalla, exponía la vida al pie de las rejas de una mujer; como si el amor necesitara, para tener mayor atractivo, el ir acompañado del peligro. De aquí las continuas riñas, estacadas y aún muertes que ocurrían con tanta frecuencia en la oscuridad nocturna, y que no fueron extrañas para Lope. El español cultivó el espíritu caballeresco; y éste es, según Brunetière, el principal aporte de España a la literatura europea; y Lope hizo de él uno de los elementos sustanciales de su teatro. El genio español tiende a la improvisación. Más bien que al cálculo confía el buen éxito a una inspiración genial. Aún el **Quijote**, en su primera parte, parece revelar que el plan se iba formando a medida que Cervantes dejaba correr la pluma. Santa Teresa escribía con tan extraordinaria rapidez, que sus monjas declaraban que parecía como si una mano invisible guiara la suya. Ercilla escribía por la noche, a la luz del vivac, sobre pedazos de papel o de cuero, las sonoras octavas de su **Araucana**. Así como los conquistadores solían aventurarse por entre selvas inmensas, sin rumbo fijo y confiados en su estrella, Lope, al componer sus piezas, se lan-

zaba por entre el bosque de incidentes en la confianza de hallar un feliz desenlace. El español era imprevisor. Lo fue la nación entera que no quiso aprovechar los tesoros que recibía de América para asegurar su prosperidad interior; lo fueron los reyes y magnates, que derrochaban con locura para asombrar al mundo con su fausto; lo eran los hidalgos, que querían competir con los grandes. Lope lo fue en su posición modesta. Se le acusó de haberse casado por interés en segundas nupcias con una dama de inferior calidad; pero, como afirma Astrana Marín, no hay comprobación de que hubiera reclamado nunca la dote de su mujer. Lope murió pobre, como Cervantes.